

Septiembre 12 Junio 91

R. 19466

9

SERMON

QUE EN LA SOLEMNE

FUNCION DE ACCION DE GRACIAS,

DEDICADA

POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE GRANADA

Á SU

CELESTIAL PATRONA Y SEÑORA

DE LAS ANGSTIAS,

POR SU PROTECCION EN LA INVASION

DEL CÓLERA MORBO EN DICHA CAPITAL, DIJO, EN LA IGLESIA METROPOLITANA

DE LA MISMA, EL 16 DE SETIEMBRE DE 1860, EN PRESENCIA

DE TODAS LAS AUTORIDADES

EL D.^º D. ANTONIO SANCHEZ ARCE Y PEÑUELA,

DIGNIDAD DE CHANTRE

DE LA REFERIDA SANTA IGLESIA.



IMPRESO POR ACUERDO Y Á EXPENSAS DE DICHA EXCMA. CORPORACION MUNICIPAL.

GRANADA.

IMPRESA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1860.

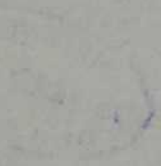
Biblioteca Universitaria
 QUITO
 Estado 19
 59(9)

SEPTIEMBRE

FOR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE QUITO
 CEMENTO PATRONO Y HONORARIO

DE LAS ANGIUSTIAS

DE DON ANTONIO SANCHEZ GARCIA Y FERRER
 DE LA ESCUELA DE LA VILLA



QUITO
 DE LA ESCUELA DE LA VILLA

Subvenisti ruinae ante conspectum Dei nostri.

JUDITH. XIII.—25.

Acudiste á la ruina de tu pueblo en presencia
de nuestro Dios.

Excmos. Sres.:

Cuando en la tarde de ayer contemplaba yo á todo un pueblo agrupado en torno de esta veneranda imagen de la Virgen angustiada del Calvario, y miraba retratado en todos los semblantes, un gozo que no se parece á las alegrías insensatas que producen los placeres mundanales, y veía las santas lágrimas de la piedad que bañaban las mejillas de muchos, y oía aquellas aclamaciones de júbilo, aquellos vítores dirigidos á nuestra celestial protectora, á nuestra Madre bendita, efusion espontánea de la fe y de la gratitud, me parecía hallarme en el recinto de Betulia, en ocasión en que Judit regresaba del campamento de los asirios, vencedora de estos enemigos del pueblo de Dios. ¡Oh! entonces todos adorando al Señor, decían á aquella mujer benéfica: «El Señor te bendijo con su virtud, porque por tí ha hecho inútiles y vanos todos los proyectos de nuestros enemigos contra la ciudad.» Y



Ozías, príncipe de aquel pueblo repetía en su piadoso entusiasmo: «Bendita eres del Señor Dios excelso, sobre todas las mujeres de la tierra, porque hoy ha engrandecido tanto tu nombre, que no se apartará tu alabanza de la boca de los hombres, pues al ver las angustias y aflicción de tu pueblo, acudiste á su ruina delante de nuestro Dios.» *Subvenisti ruinæ ante conspectum Dei nostri.*

Este recuerdo de nuestros libros santos pasó muy luego en mi memoria, Excmos. Señores; tenía ante mis ojos un espectáculo mas tierno, mas sublime, mas arrebatador. Admiraba en hombros de los fieles hijos de María este sacrosanto simulacro que tan elevados pensamientos inspira siempre, especialmente á los granadinos. Se trataba de la excelsa Emperatriz de los serafines, aclamada con entusiasmo por un pueblo fiel, de la Virgen Santísima de las Angustias, que recogía la ofrenda de la piedad y del reconocimiento de todo un pueblo, de la abogada y protectora amantísima de nuestros hogares y de nuestras familias que ejerce su maternal solicitud sobre nosotros. Habian trascurrido mas de tres meses de inquietudes amargas, de temores continuos, de amagos espantosos. La epidemia asiática, azote tremendo de la justicia de Dios, llegaba á nuestras puertas en demanda de víctimas, penetraba en nuestros hogares con su aspecto lívido como el de la muerte, alguno sucumbia ya al golpe de su hacha de esterminio, y todos esperábamos los estragos funestos que en otras ocasiones hemos sentido. Sin embargo; Dios, rico en misericordia, no ha permitido que

Granada fuese ahora el teatro de aquellos horrores, merced sin duda á la intercesion de la Santísima Virgen de las Angustias, y Granada agradecida conducia en triunfo á esta su inmortal Reina, para ofrecerla en esta majestuosa basílica el homenaje de su fe y santa devocion.

Ante este hecho surgen pensamientos que el orador sagrado tiene un deber de explanar para gloria de María, y en bien y para santificacion del pueblo que lo escucha. Yo veo, pues, en estas demostraciones religiosas, consagradas á la Virgen excelsa de nuestros cultos, una necesidad del corazon satisfecha, la gratitud á María Santísima, porque habiendo acudido en nuestro socorro, nos ha alcanzado de Dios la gracia de que la enfermedad epidémica no se desarrolle entre nosotros hasta ahora. Veo un grandioso precedente de la santa confianza que debemos tener en esta Madre cariñosa, de que continuará su patrocinio sobre este su pueblo predilecto: *Subvenisti ruinae ante conspectum Dei nostri.*

Dichoso yo si llego á ser el fiel intérprete de vuestros nobles sentimientos en este día, Excmos. Señores, y mas dichoso si logro que mis pobres reflexiones os impulsen á seguir la senda que la religion os prescribe hoy. Lleguemos todos á pedir las luces que respectivamente necesitamos de aquel Dios que es Padre de todas ellas, y que no dudo las alcanzaremos por la mediacion de nuestra adorada y Santísima Madre.

AVE MARÍA.

Excmos. Sres.:

¡**Q**UÉ dolorosos y tristes recuerdos conservamos de la epidemia del Asia en sus invasiones de los últimos años de 54 y 55 en nuestra hermosa capital! ¡Ay! qué lúgubre aspecto presentaba entonces nuestro querido pueblo! Todos lo vimos hecho el teatro del dolor, de la consternacion y del espanto. En aquellas dos épocas de funesta memoria no se abrian los ojos sino para ver heridos de muerte á los mas caros objetos de nuestra alma, para ver agonizar vuestros queridos hijos, para ver los cadáveres palpitantes de nuestros padres, y contemplar abierta la fosa que habia de sepultar los restos preciosos de nuestros mejores amigos. En esta mansion de horror, donde la muerte habia fijado su fúnebre trono, encontrábamos á la afligida viuda á quien la epidemia habia arrancado de su tálamo á un esposo á quien amaba con ternura. Aquí veíamos al padre de familias, abrumado por el peso de los años, llorar la pérdida de unos hijos que eran toda su esperanza en el ocaso de su vida; allí se nos presentaba la inconsolable doncella á quien un dia antes alimentaban y servian de escudo unos padres diligentes, y que poco despues se veia obligada á mendigar, y espuesta á todos los peligros de su edad, y por otra parte veíamos ir solo y llorando aquel niño desgraciado á quien han faltado casi de una vez sus padres, sus hermanos, to-

dos los que pudieran interesarse en su alimento y educacion. En las casas no oíamos sino ayes y gemidos; en las calles no hallábamos sino lutos, y á todas horas el tétrico ruido del carro que conducia los cadáveres, llevaba á nuestros corazones el sobresalto y el dolor, presentando á la vez nuestro cementerio, surcado de zanjas, el horrible aspecto de aquellos campos que vió el profeta Ezequiel llenos de los huesos de los muertos.

Estos pensamientos, Excmos. Señores, están demasiado vivos en nuestra alma, porque los hechos que los crearon han dejado una huella de dolor en nuestras familias y en nuestros hogares; la idea de que se reprodujesen consterna á los mas animosos, y esa idea de temor renace por desgracia entre nosotros en el mes de Mayo último. Una voz de alarma se oyó en aquellos dias en nuestro pueblo, voz semejante á la de Jeremías cuando, dirigiéndose á la capital de la Judea, clamaba con triste acento: «Esforzaos, hijos de Benjamín, en medio de Jerusalem, y en Tecua tocad la bocina para avisar á todos que se prevengan, y sobre Bethacarem alzad la bandera, porque se ha visto un grande mal por la parte del Aquilon y grande quebrantamiento.» Esta voz era el rumor del pueblo que en vano se pretende acallar á la vista de un mal que le amenaza, y que decia alarmado: «la epidemia, el cólera morbo ha invadido á Málaga.» ¡Ay! no se hicieron esperar sus estragos en aquella rica y populosa ciudad, todos lo sabemos. La influencia funesta del mal se dejó sentir bien pronto tambien en muchos pueblos de nuestra provincia; en algunos de ellos la

muerte se ha paseado en triunfo, aterrando á sus habitantes, diezmando á las familias y penetrando hasta lo interior del Santuario, donde há hecho lamentables víctimas (1); su brazo de esterminio alcanzaba ya hasta los muros de nuestra ciudad, y lanzaba al sepulcro á unos cuantos de nuestros queridos é infortunados hermanos y convecinos.

Estos hechos, y todos los cálculos mejor fundados estaban de parte del pensamiento de un desarrollo completo y asolador. Todos creíamos que de un dia á otro tendria cumplimiento en nuestro amenazado pueblo este vaticinio de dolor del profeta Amós, dirigido á Israel: «En todas sus plazas habrá llanto, y en todos los lugares de afuera ay, ay; y llamarán á este duelo al labrador, y á llanto á los que saben plañir.» Nuestras celosas autoridades así lo temian con sobrado fundamento, y por esto comenzaban á funcionar en sus penosos deberes las Juntas provincial, municipal y parroquiales de Sanidad, dictando acertadas medidas de precaucion que la ciencia aconseja, que la sociedad reclama y que la Religion no puede menos de bendecir, y socorriendo con celo caritativo á los pocos que se veian invadidos del mal.

La piadosa y Santísima María, que asiste á los consejos de Dios como nuestra mediadora, que es ángel bueno de nuestro pueblo, como en tantas ocasiones lo ha demostrado, medía la extension de nuestra ansie-

(1) Aludía el orador principalmente á su malogrado amigo el Dr. D. Justo García Herranz, Cura propio de Motril.

dad, y lo difícil de nuestra situación. Yo no dudo que esta Madre de ternura se anticipaba á nuestras oraciones cerca del trono del Altísimo, como otra Judit en Betulia, y como ésta á sus compatriotas, nos decia para alentarnos: «Vosotros habeis fijado plazo á la misericordia del Señor, y á vuestro albedrío le habeis señalado dia; arrepentios de ello, y bañados en lágrimas imploremos su indulgencia, porque Dios no amenaza así como el hombre, ni se enciende en ira como los hijos de los hombres; sus castigos son para la enmienda de estos, y no para su perdicion:» *Ad emendationem et non ad perditionem nostram evenisse credamus.* Entonces esta Madre, que tiene entrañas de misericordia, interponiéndose entre nuestra inminente desgracia y la justicia de Dios, alegando el mérito de sus inconcebibles angustias en el monte de la expiacion, y los sagrados derechos de su maternidad, adquiridos cuando en el patíbulo de la cruz nos designó Jesús por hijos suyos, esclamaría en nuestro favor con mas interés que la salvadora de Betulia: «Oh, Dios de los cielos y Señor de toda criatura, oye á esta esclava que te ruega por tu pueblo y que confia en tu misericordia. Acuérdate, Señor, de tu alianza, y conozcan todas las gentes que tú eres el Dios y que no hay otro fuera de tí.» *Et omnes gentes agnoscant quia tu es Deus, et non est alius præter te.*

¡Ah! me parece que entonces la Reina soberana de los cielos deputaba á los ángeles de la misericordia que la sirven para que custodiasen nuestros hogares, y neutralizasen, hasta donde convenia para nuestra santifica-

cion, los estragos de la epidemia, y Ella misma continuaba sus santas oraciones en nuestro bien, y Ella nos socorria en nuestras apremiantes necesidades, oyendo los clamores de todos.

Así lo ha comprendido tambien toda Granada, y á despecho del indiferentismo de nuestra época, harto desgraciada, y mas desgraciada cada dia, la fe religiosa ha alzado su voz para confesar en presencia de un mundo descreido que María ha velado y vela por nosotros. La gratitud ha reclamado sus fueros, y ha manifestado sus sentimientos nobles en este dia, ofreciendo á esta Señora el incienso purísimo de unas oraciones, que la religion dicta en su elocuente lenguaje.

Vosotros, Excmos. Señores, habeis interpretado fielmente los sentimientos católicos del pueblo que dirigís, y habeis correspondido dignamente á satisfacer esa necesidad de gratitud que está encarnada en la conciencia de todos, tomando la iniciativa en esta fiesta religiosa, donde el corazon se dilata, adquiere nuevos bríos para soportar los contratiempos que puedan sobrevenirnos, y aplacamos la santa cólera de Dios, justamente indignada por nuestras repetidas apostasias, haciendo pública nuestra sumision á este Señor que domina en los cielos, en la tierra y hasta en los abismos.

Pero además de satisfacer en cierto modo con estas demostraciones religiosas la deuda sagrada de gratitud que hemos contraido con nuestra celestial Patrona, yo veo en aquellas tambien un magnífico precedente de la confianza que debemos tener para lo sucesivo en su maternal patrocinio.

II.

El grandioso espectáculo que ofrece Granada en este día , tributando á su Madre Santísima el homenaje de su devocion y sincera gratitud, revela al mismo tiempo la confianza que la anima en la proteccion de esta excelsa Señora. Seria una contradiccion monstruosa, Excemos. Señores , confesar que María ha intercedido por nosotros en la enfermedad que nos ha invadido, y desconfiar al mismo tiempo de que continúe los buenos oficios de su acendrada caridad con nosotros. ¡ Oh! cuándo se ha mostrado María insensible á nuestras súplicas? cuándo han quedado defraudadas nuestras esperanzas en la bondad de esta Madre de clemencia? Hay alguno de vosotros que en estos dias de sobresalto, de fundados y siniestros temores, haya dejado de visitar su venerando santuario? (Si lo hubiera no seria granadino.) ¡ Qué sentimiento os ha llevado al pié de sus altares? Quién os ha dictado aquellas tiernas plegarias que en la amargura de vuestro corazon la dirigáis con religioso fervor? ¡ Ah! la conviccion íntima de su bondad sin limites, bondad que ejerció cerca de la Cruz en las cumbres del Calvario, y el recuerdo de sus repetidos beneficios que con prodigalidad ha deramado siempre sobre nuestro pueblo.

Esa conviccion, amados hermanos, os inspiró consuelos tan inefables en las circunstancias que hemos atravesado, y os da esperanzas tan dulces para el porvenir, que ciertamente no las trocaríais por todos los



bienes efímeros del mundo, y por las mentidas promesas de los filósofos del siglo. Ella os hace ver á María en la mas solemne situacion de su azarosa vida, en la soledad del Calvario, junto á la cruz de Jesús nuestro Redentor, recibiendo de los labios de este divino moribundo su última voluntad que la constituia nuestra Madre. *Mulier ecce filius tuus*. Entonces la vísteis levantar sus hermosos ojos al firmamento, reunir todas sus fuerzas, interponer todo su valimiento en favor de nosotros sus hijos, y clamar al eterno Padre, con toda la ternura que encierra su sensible corazon, y en union de la víctima sacrosanta que acababa de inmolarse por la salud del mundo: «Padre mio, padre mio, perdonad á los hombres; no saben lo que hacen; son vuestros hijos y mis hijos; yo os ruego los perdoneis; no mireis sus miserias, sino atended al fervor de mi oracion.» *Pater, dimitte illis.*

Esta voz de clemencia no cesa de repetirla María ante el trono augusto de Dios en nuestro bien, con mas interés, con mas solicitud que Ester y Bersabé en favor de su pueblo, ante el solio de Asuero y Salomon. No es esto una bella utopia para deslumbrar, no; es las lecciones elocuentes de la experiencia. ¿Recordais si no, aquellos dias de esterilidad que harian infructíferos nuestros campos y nos amenazaban con el hambre y la mas espantosa miseria? María entonces fué quien hizo que las nubes derramasen sobre ellos una lluvia benéfica, como en los dias del profeta del Carmelo; esto sucedia en el mes de Marzo de 1849. ¿Visteis alguna vez á nuestras puertas un ejército que nos sitiaba, amena-

zándonos con todos los horrores de la guerra? María veló en aquella ocasión como siempre por nuestros hogares, y fué el ángel de paz que tendió sus alas sobre nosotros; así lo vimos en Junio de 1845. ¿Pero en qué calamidad no la hemos hallado propicia á nuestros ruegos? ¡Oh! Cuánto dicen estos hechos para alentar nuestra confianza! ¡Qué risueños horizontes descubre nuestra fe mirando esta Aurora celestial!

Sin embargo; mis hermanos, no ha de ser tan absoluta nuestra confianza en el patrocinio de la Virgen Santísima de las Angustias, que creamos nos autoriza para continuar impunemente en nuestros desórdenes, escudados en la misma, y aun así vernos libres del azote epidémico que puede exacerbarse en lo sucesivo. Recuerdo que Jesús nuestro divino Maestro decia á las turbas que lo escuchaban: «No todos los que dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino aquellos que hacen la voluntad de mi Padre celestial.» Yo en nombre de ese mismo celestial Maestro me creo autorizado para decir á los presuntuosos: no todos los que pronuncian el nombre de María alcanzarán la salvacion que apetecen, si á esa invocacion consoladora y eficaz no añaden la promesa de observar los divinos Mandamientos. «Si no quisieres escuchar la voz del Señor Dios tuyo, decia Moises á su pueblo, para guardar y cumplir todos sus mandamientos que yo te prescribo, vendrán sobre tí y te alcanzarán todas estas maldiciones: serás maldito en la ciudad y maldito en el campo. El Señor enviará sobre tí hambre, y maldicion sobre las obras que tú hicieres, y añadirá sobre tí pes-

tilencia hasta que te consuma de la tierra.» Y por Ezequiel añade el mismo Dios: «Si la tierra pecare contra mí, yo enviaré á ella hambre, y mataré de ella á los hombres y bestias, y si estuviesen en medio de ella estos tres varones Noé, Daniel y Job, vivo yo, dice el Señor Dios, que no librarán á sus hijos ni hijas; ellos solos serán libertados y la tierra quedará desolada.» Tan celoso es el Señor por los fueros de su justicia, por mas que sea misericordiosísimo.

Estas consideraciones, Excmos. Señores, que acaso sorprendan al cristiano superficial y obstinado en el mal, que piensa que la sola invocacion de María es bastante para salvarse de los castigos del cielo, y que una oracion estéril, sin el propósito de enmendar las costumbres, es suficiente para obtener el patrocinio de María, ponen bajo su verdadero punto de vista la santa confianza que nos inspira esta Madre de misericordia y que yo anticipadamente alabo en vosotros. Esceptuando á los que así piensan y se conducen por senda tan errada, tanto los justos como los pecadores, pueden y deben conservar en su corazon esa confianza bienhechora en la proteccion de nuestra excelsa Patrona, de esta nuestra buena y cariñosa Madre.

Conducida esta Señora de las angustias que la combatieron en la cima del Gólgota, donde oró por todos sus hijos, á la altura de los cielos para poder socorrer mejor á los miserables, San Buenaventura no ha vacilado en aplicar á la misma estas palabras que Booz dirigió á la virtuosa Ruth: «Bendita seas, hija mia, porque la bondad que ahora manifiestas ha excedido á

la primera.» Á su vez yo creo oirla en el trono esplendoroso de la gloria que goza, diciéndonos en estos momentos: «Hijos de mis dolores y de mi ternura, yo os engendré en el Calvario; cerca de la Cruz os introduje en mi corazon de Madre. Ved abierto todavía para vosotros este mi tierno corazon. Contemplad todos sus secretos, todo el amor que encierra para emplearlo en vuestro bien. Vosotros pecadores, que hasta ahora habeis injuriado la majestad de mi divino Hijo, acudid á mí arrepentidos; mi corazon es un lugar de asilo abierto para vosotros; en él hallareis siempre la misericordia, y á la entrada de este nuevo santuario que os espera, no temed encontrar al querubin armado con la espada de fuego que rechaza á los culpables. Entrad, entrad en este paraiso del arrepentimiento. Y vosotros, justos, venid tambien, vosotros que habeis conservado el santo tesoro de la gracia, que habeis pasado sin mancharos por el fango del mundo, que habeis vencido la tentacion, venid y coged en este corazon un fruto sagrado que nutre la virtud, que prodiga consolaciones de piedad, y es el manantial de nuevas fuerzas para los combates ulteriores. Venid, porque tambien mi corazon es el paraiso de la inocencia, y os prometo solemnemente que estaré siempre con vosotros en la tribulacion y os libraré de ella.

Yo me dilato demasiado, Excmos. Señores; y acaso estoy abusando de vuestra benevolencia. Pero ¡ay! es tan grato hablar de María, y hablar de Ella á un pueblo que reconoce sus bondades y las confiesa públicamente. Concluyo pues, amados de mi alma, habiendo

sido admirador de vuestra gratitud, manifestada en esta solemnidad consagrada á nuestra bendita protectora por los favores que nos ha dispensado, impidiendo con su patrocinio el desarrollo de la enfermedad epidémica que tantas víctimas ha causado en otros pueblos y en el nuestro en otras ocasiones, y abrigando la profunda convicción de que confiareis como hasta aquí en ese mismo patrocinio, para que María se digne consumir la obra que ha comenzado, y nos libre siempre de la desolacion que lleva ese temible azote de Dios. *Subvenisti ruinae ante conspectum Dei nostri.*

Excmos. Señores, dignas autoridades de Granada, respetables y caritativas Juntas de Sanidad, permitidme que en nombre de la Religion, que siempre bendice las acciones de los buenos, os dé el mas cumplido parabien por vuestra conducta en estos últimos meses. Al espresarme de este modo, ni el sagrado lugar que ocupo, harto elevado sobre las miserias humanas, ni el carácter sacerdotal de que me hallo investido, ni mi propio carácter como hombre privado, me permitirian usar de la lisonja que detesto. Vuestra conducta ha sido pública; el celo que habeis desplegado por el bien de vuestros gobernados lo apreciarán estos como la expresion del verdadero patriotismo. ¡Ojalá Dios os bendiga tambien por vuestro comportamiento, y bendiga á todos cuantos con vosotros han trabajado en beneficio de nuestro amado pueblo, en la línea que les han trazado sus respectivos deberes!

Y vos, Madre mia angustiadísimá, dignaos continuar vuestro patrocinio sobre nuestro pueblo. Atended á las

necesidades de nuestra Provincia y á las de todo el reino. Velad ahora mas que nunca por la Iglesia universal de que sois protectora, y por su cabeza visible Nuestro Santísimo Pontífice el Papa Pio IX, afligido en gran manera, por la salud y prosperidad de nuestra Reina D.^a Isabel II, y por la paz y concordia entre los Príncipes cristianos, y aceptad bondadosa la humilde ofrenda de nuestros cultos en este dia, y con ella la seguridad de nuestra gratitud para que merezcamos todos acompañaros en el cielo, y cantar las alabanzas de vuestro Hijo y Dios nuestro por los siglos de los siglos. Amen.

O. S. C. S. R. E.

